

LUCIANO COSTA BOSCH

(1883-1942)



La evocación de nuestro gran dibujante y pintor, tributo a su fecunda obra de pedagogo y artista, la escribimos pulsando el recuerdo vivo que de su persona guardan muchos vicenses, familiares y amigos suyos.

Luciano Costa Bosch nació en la casa n.º 18, de la calle de San Pedro, de nuestra ciudad, el día 22 de abril del año 1883. La fría exactitud de este dato tiene la virtud de situarnos con precisión.

Es sobradamente conocido lo rudimentario y limitado de la enseñanza pública en aquella época, mayormente para una familia humilde, así como las duras condiciones de vida. La sobriedad ambiente es un factor que cuenta siempre en la formación de la voluntad. Luciano Costa nació artista y su ímpetu interior se desarrolló con recitud en el aula de la primaria disciplina de una vida familiar austera en un ambiente profundamente cristiano.

Al contemplar algunas fotografías del artista en sus años jóvenes, trabajamos conocimiento con un soñador. Ante este soñador es fácil imaginar al niño, y el habernos dejado Luciano Costa una abundante obra nos da la clave para precisar los ideales sueños que desvelaban al pequeño. De su monólogo ante la deslumbrante naturaleza del prodigioso Llano de Vich y de la raíz profunda de artista con que Dios le dotó, nace y se forma la voluntad de conseguir y de triunfar. Los días de trabajo y de estudio endurecerían la línea de su boca y el destello de sus ojos.

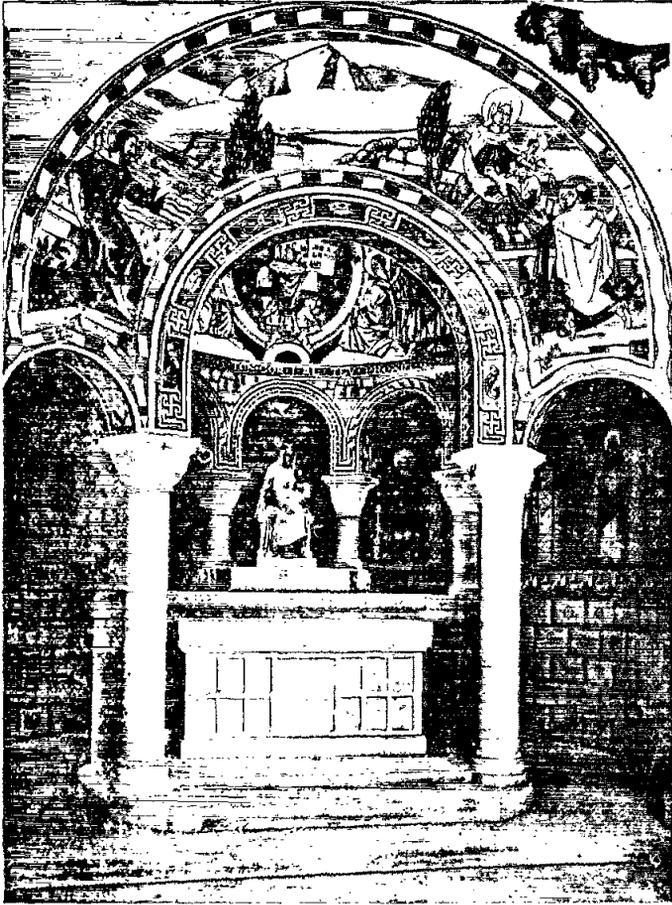
Su aptitud por el dibujo se manifiesta muy pronto. Cuando es monaguillo en la Catedral ya distrae sus momentos haciendo rápidos retratos al lápiz de los Sres. Canónigos. Y alguien recuerda todavía que el pequeño Luciano, mientras esperaba el momento de entrar en el templo, se entretuvo varios días grabando en la piedra de uno de los peldaños de la escalinata la silueta de la Catedral, esta primitiva demostración de instinto artístico perduró bastantes años, hasta que recientes reformas hicieron desaparecer el bloque donde figuraba este peculiar documento.

Dejó de ser monaguillo para entrar a trabajar de aprendiz en el taller del pintor Torrents, establecido en la esquina de la calle de Cardona con la del Progreso. Según la costumbre de la época empezó muy pronto a trabajar, muy niño podríamos decir hoy. Empezó con el oficio de pintor como hubiera podido empezar a trabajar en cualquier otro, su inclinación y su afición no conta.on para nada en este caso. Durante este período empieza a asistir a las clases de la Escuela Municipal de Dibujo, de la que era profesor el pintor Torrents. Su natural disposición, el ímpetu con que estudia y la tenacidad temperamental que le anima, le convierten en el caso típico del alumno que aventaja al maestro. Los conocimientos adquiridos y su gran habilidad pronto le revelan como buen dibujante. Sus dibujos a la pluma y al carbón, de todas sus épocas —de temas urbanos, de paisajes y retratos— demuestran voluntad y capacidad en cada trazo. Tratados a veces con sutilezas de poeta o con sorprendente realismo, en todos ellos podemos apreciar como el modelo es aprehendido por la mirada penetrante de aquellos ojos, antaño soñadores, y que ahora atraviesan los muros de las cosas que dibuja y descubren la personalidad del retratado.

El sueño de trasladar la realidad al lienzo o al papel es un hecho para el joven artista. Solo le falta trasladar a más grandes superficies la realidad interior de su fantasía creadora.

Un alma de artista es siempre una dádiva divina para enseñarnos como anida en nosotros la fuerza de superación, que los artistas demuestran sublimando en sus creaciones todo cuanto les rodea. Esto es lo que, Luciano Costa, conseguiría con el tiempo.

Su primer paso a las grandes superficies lo da cuando cuenta 18 años. Ello constituye la primera gran anécdota de su vida. Se reconstruía la antigua casa Masferrer, en la Plaza de Don Miguel, y deseando el propietario que se decorara el exterior, había pensado en encargar al joven aprendiz del taller de Torrents unos esgrafiados que, a su parecer, el joven podía realizar. De todos modos consultó con el pintor Torrents quien le aconsejó que encargara esta obra a alguien especializado. Al poco tiempo se presentaron unos especialistas de Barcelona y empezaron su trabajo, pero no consiguieron interesar al Sr. Masferrer que les hizo abandonar la obra empezada y que él encargó de modo personal a Luciano Costa, que la ejecutó airosamente con gran contento del propietario que vió corroborada su esperanza puesta en el novel artista. Desde este momento el joven pintor se emancipa y trabaja por su cuenta.



Interior de la capilla de la Torre d'en Francl.

Pocos años más tarde y movido por el constante afán de saber, Luciano Costa parte para Barcelona, donde piensa estudiar y trabajar. Empieza sus estudios en la «Escuela Oficial de Artes, Oficios y Bellas Artes», pero solo por unos meses. No supo imponerse al ambiente de constante burla y algo hostil a que se veían sometidos en general todos los provincianos, por los alumnos barceloneses. En su ciudad natal, Luciano Costa era justamente considerado el primer dibujante y el concepto del propio valer aunado a su carácter nada dominador le indujeron a tomar la decisión de volver a Vich. Vuelto a su ciudad trabaja incansablemente. No podemos constatar con exactitud esta fecha pero el hecho debió ocurrir en 1905, cuando el artista tenía 22 años.

En este tiempo y trabajando el artista en su oficio de pintor, cultiva como

siempre la pintura al óleo y el dibujo. En todos sus trabajos puede apreciarse sobremanera su gran condición de dibujante. Esta maestría le ayudó a salvar las naturales lagunas de su formación artística que puede considerarse del todo autóctona y que llevó a cabo laboriosamente ayudado por una natural y extraordinaria capacidad de adaptación a todos los estilos. Esta disposición, muy posible consecuencia del autodidactismo, retrasa considerablemente la fijación de un estilo propio, del que se aprecian destellos en obras de marcado carácter románico aunque ofrecido a través de su personalidad, pero que no se manifiesta plenamente hasta muy tarde. La vista de sus obras, además de revelarnos sus horas de estudio ante la pintura románica de nuestro Museo, nos habla del paso por Vich de pintores como Juan Llimona, Dionisio Baixeras y José M.^a Sert. Encontramos ejemplos de las decoraciones que nos recuerdan a los primeros en la reproducción fotográfica de unos plafones destinados a la iglesia de San Quirico de Besora, ejecutados en 1930, y hoy desaparecidos, y singularmente la gran escena de las Marías en el sepulcro que decora el panteón de la mansión de Puigsech, en Vilatorrada. El conocimiento de las composiciones de José M.^a Sert queda patente en la decoración de la capilla del Santísimo de la iglesia de Santa Eulalia de Riuprimer, existente aún. Anotamos estos datos únicamente para precisar el esfuerzo realizado en su propia formación; quizá pueda encontrarse motivo psicológico de la misma en su carácter poco dominador que le hace dejar el aula barcelonesa y que le impide batallar con el autor estudiado para vencerle con su propia personalidad. No era luchador, era el poeta que goza cantando y quizá goza demasiado repitiendo un verso que le atrae, esto hace que avance lentamente e introduzca poco a poco su personalidad en las obras, variando incansablemente el primer motivo hasta no quedar más que lo que él ha introducido a raíz del motivo generador. Esto podría darnos la clave de su hermetismo, de su reserva: estaba celoso de lo que con tanto esfuerzo conseguía y solo quería darlo con los pinceles.

Hemos hablado de la primera salida del pintor a las grandes superficies. Le vimos, aunque casi solo con su oficio, enfrentarse con las fachadas de la Casa Masferrer. Pero le atrae más la decoración pictórica de interiores, templos y salones. Su mayor sueño, es, sin duda, poder ejecutar sus concepciones en grandes superficies, esto podemos verlo por los temas que escoje cuando pinta al óleo, desde muy joven. Se entrega siempre a composiciones de anécdota real sobre fondo de paisajes conocidos de la Plana. Podemos citar sus telas con las típicas figuras de Estudiantes de Vich, en el Prat de la Riera, con la Catedral al fondo, o en el conocido paraje de la Ermita de Sant Jaume. En este sentido ejecuta «L'enterrament d'un albat» «La processó de l'aurora» una fantasía, muy interesante hoy, sobre el futuro del río Meder, a su paso por el Prat, que él idealiza convirtiéndolo en amplio canal al estilo veneciano. Hemos visto también una alegoría del Nacimiento del Salvador que tiene como pieza central el viejo puente de La Calle, con uno de sus arcos convertido en Santa Cueva, el cielo es una teoría multicolor de ángeles y nubes y de todas partes llegan multitudes a adorar al Niño Dios.

La primera oportunidad que tiene para ejecutar una decoración mural, se le ofrece cuando acude a decorar el comedor de la casa rectoral de San Agustín de Llusanés. Ya no se conservan, los restos que quedaban de los tres plafones que pintó L. Costa. Uno de ellos representando el milagro de la multiplicación de los panes; en otro sobre paisaje local —la iglesia de San Agustín a la salida de los feligreses de la santa misa—, el tercer plafón era dedicado a las cuatro estaciones. Esta primera obra de pintura mural data del año 1916.



Uno de los plafones de la capilla de la casa natalicia de San Miguel de los Santos.

Después decora la capilla del castillo de Montesquía y la iglesia de Les Llores. Es en este tiempo cuando sus actividades van tomando la dirección definitiva de su carrera. Crece su prestigio y la perfección de su arte, mayormente como dibujante, que le vale el cargo de profesor en la Escuela Municipal de Dibujo, de nuestra ciudad, cargo que obtiene en 1922.

A partir de esta época encontramos a Luciano Costa como pintor, decorador principalmente de templos, oratorios particulares y salones.

A través de su obra puede apreciarse en primer lugar el batallar incesante para afianzar su estilo definitivo. Es curioso notar como en un período de poco tiempo se suceden obras que desconciertan por la oposición existente entre sus estilos, así, por ejemplo, en el año 1928, ejecuta las telas sobre pasos de la vida de San Miguel de los Santos, con destino a la iglesia de la Piedad de Vich, que respiran cierta influencia de las composiciones de José M.^a Sert, aunque en su factura recuerden la obra de pintores como Llimona y Baixeras. En el mismo año, para un plafón del baptisterio de la iglesia parroquial de San Saturnino de Ossormort, ejecuta una pintura de marcado carácter románico. Y a principios de 1929, ejecuta la decoración de la casa del Sr. Pallás en San Julián de Vilatorrada, con una escena inspirada en el Libro de Ruth, en estilo que tiende más a la pintura de Llimona. Y en el mismo año la decoración de la capilla en la Casa Natalicia de San Miguel de los Santos, en nuestra ciudad. En 1930, para el baptisterio de la parroquia de San Quirico de Besora ejecuta dos magníficos plafones que nos recuerdan la pintura de Baixeras, y en la Parroquia de Cabrianes vuelve al románico, aunque con más elementos personales. Es en este año que ejecuta la decoración de la capilla de la Torre d'en Franch. Es

muy difícil hacer deducciones, pero en toda su labor hasta el año 1935, vemos esta fluctuación. Este apartarse y volver al románico, observando siempre que en los templos de marcada arquitectura románica, el artista tiende a la armonización del conjunto con sus decoraciones, virtud que siempre tuvo adaptándose al estilo, y en otros tipos de arquitectura le vemos fluctuar entre las mencionadas direcciones de su arte, *ganando siempre personalidad a medida que el tiempo avanza*. Evidentemente su pintura de tipo románico gana en agilidad, pierde rigidez en la composición y se embellece en la expresión y actitud de las figuras representadas, quizá debido a las incursiones a otros estilos donde el pintor encuentra elementos para crear, a partir del románico fundamental, su propio estilo que vemos ya muy afianzado en la decoración de la capilla de Ntra. Sra. del Coll, en Barcelona. En esta decoración encontramos una característica que hemos observado en la obra de Luciano Costa: la representación de las figuras Divinas está tratada con evidente fervor, contrastando visiblemente con las figuraciones de las gentes del pueblo; éstas, diríamos, están tratadas con amor, con piedad algunas veces. La sensibilidad del artista queda patente en la observación de este contraste, fundamental en la pintura religiosa, y se manifiesta patentemente en las coloraciones escogidas para sus obras y en la pulcritud minuciosa de las filigranas ornamentales, manifiestamente ingeniosas.

El período 1936-1939, es para Luciano Costa intervalo dedicado al estudio y a la perfección de su estilo y de su técnica. Su pintura íntima en este período de intranquilidad se manifiesta en una serie de trabajos que solo conocemos por descripción y que sería interesantísimo conocer directamente, eran composiciones fantasmagóricas, torturadas, que los que han conocido definen diciendo que les recordaban los Caprichos de Goya.

En 1940-1941, decora el ábside de la iglesia de San Quírico de Besora, la iglesia de Granollers de la Plana, la de Vidrá y la de San Hipólito de Voltregá. En estas obras, que son las últimas que ejecutara, podemos apreciar más unidad de estilo, afianzándose el que atisbamos en la decoración de Ntra. Sra. del Coll aunque más humanizado, más ágil, habiendo dejado ya toda influencia y naciendo al calor de una gran perfección técnica,

En estas decoraciones reconocemos en los personajes representados a gente de nuestra tierra, mientras en las anteriores obras del pintor el carácter de las figuras quedaba velado por la preocupación del estilo que desfiguraba su personalidad. Luciano Costa sublima la gente que cada día ha visto pasar por la calle, orar en los templos, trabajar en los hogares. Al concretar el estilo se define su mensaje.

Pero había llegado ya al último estadio de su carrera y de su vida y fué llamado a la Paz del Señor, el día 27 de abril de 1942, en circunstancias impresionantes.

Le sorprendió un ataque mortal cuando se dirigía desde la parroquia de Falgárs a la carretera de Olot, era en unos días de lluvias torrenciales que harían intransitables aquellos parajes; sus acompañantes le condujeron enseguida a la parroquia de Falgárs, donde murió sin asistencia médica. Sus allegados no pudieron acudir hasta el día siguiente, por la tarde, en que se verificó el entierro en aquel rincón de nuestra comarca invadida por la persistente lluvia. Los pocos familiares y amigos del artista que pudieron llegar trabajosamente hasta el lugar, no olvidarán nunca aquellos momentos e interiormente tienen la impresión de haber representado a lo vivo y a plena naturaleza la última composición pictórica de Luciano Costa.